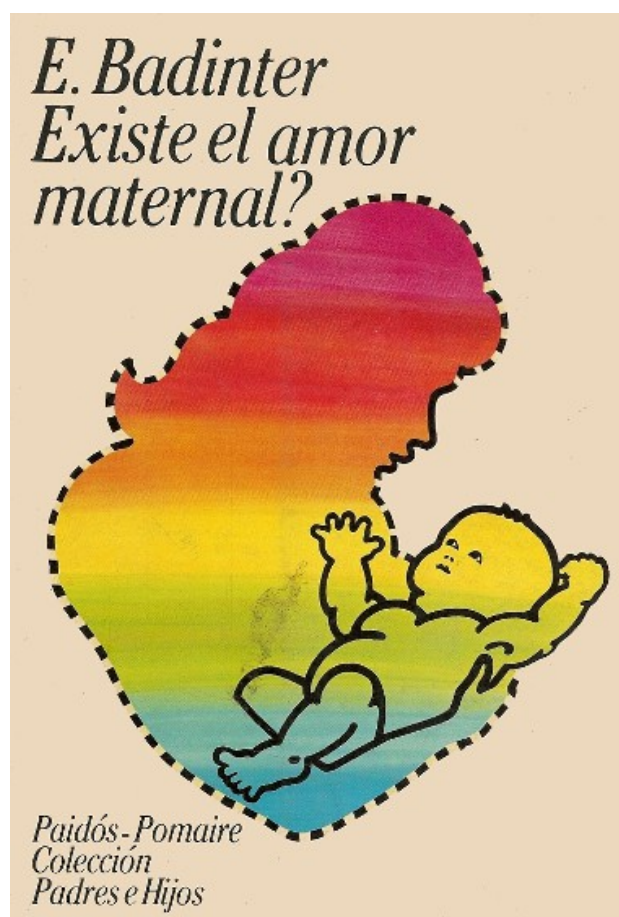


Elisabeth Badinter

¿Existe el amor maternal? *Historia del amor maternal.* *Siglos XVII al XX*

1981. Barcelona: Paidós-Pomaire. 311 pp.



En 1980, la filósofa francesa Elisabeth Badinter publicó *¿Existe el amor maternal?*¹, una obra polémica al cuestionar la idea convencional del amor maternal como un comportamiento arraigado universalmente en la mujer que se activa automáticamente al ser madre. La autora defiende que el amor maternal no es un instinto innato que proviene de una *naturaleza femenina* sino más bien un comportamiento histórico y social que varía según épocas y costumbres. Simone de Beauvoir ya había cuestionado el amor maternal en su ensayo *El segundo sexo* ([1949] 1998), un análisis sobre la construcción de la figura de la mujer y su papel en la sociedad. Con esta obra, Badinter nos ofrece una investigación rigurosa, detallada y muy amena de la conducta maternal de las mujeres francesas en los últimos cuatro siglos, todo un tratado científico (no solo militante) sobre la maternidad como discurso, vivencia, aspiración individual o imposición social desde distintas disciplinas – la antropología, la psicología, la filosofía, la literatura, la sociología de la familia o la demografía histórica. Si bien se centra en el contexto francés, resulta un tratado de pensamiento crítico universal que no deja indiferente a nadie.

“Una buena madre”, defiende Badinter, “es una realidad entre otras” y por lo tanto, “la mujer será o no será una buena madre en función de lo que la sociedad desprecie o valore a la maternidad.” La división de la obra en tres partes bien diferenciadas nos ayu-

¹ Edición original: E. Badinter. 1980. *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel (XVII^e – XX^e siècle)*. Paris: Flammarion.

da a comprender la evolución de las distintas figuras y actitudes maternas y sus razones. En la primera parte, *El amor ausente*, se nos explica por qué, durante un período que se prolongó durante dos siglos, la conducta de las madres osciló frecuentemente entre la indiferencia y el rechazo. A partir del siglo XVI y hasta el XVIII, la madre sigue el orden social impuesto por el poder del padre que siempre acompaña a la autoridad del marido. En esta época, existe una ausencia total de amor en las relaciones familiares. El niño es concebido como un estorbo, como una desgracia y las tareas maternas no merecen ninguna atención ni valoración por parte de la sociedad. La indiferencia y el egoísmo de padres y madres por igual respecto a sus hijos no son condenados por la ideología moral ni social de entonces. El hecho de que muchas mujeres confiaran sus hijos a las nodrizas y se negaran a darles el pecho cuestiona para Badinter el instinto universal y natural del amor materno². La función nutritiva y maternal de la mujer, supuestamente espontánea y natural, no es tal. Para la autora, es la ideología dominante (el peso las conveniencias sociales y la importancia del factor económico) lo que determinará la opción de las mujeres, no la espontaneidad del amor maternal.

Sin embargo, en la Francia de finales del siglo XVIII, la imagen, función e importancia de la madre sufre un cambio radical y eso es lo que Badinter explica con maestría en la segunda parte del libro: *Un valor nuevo: el amor maternal*. Nace la familia nuclear moderna en la que ya cabe hablar de una *unidad afectiva* que abarca al marido, la esposa y los niños. Empieza lo que Badinter denomina "el reino del Niño-Rey, un ser insustituible que se convierte en el máspreciado de los bienes." Se anudan lazos que hacen difíciles, sino imposibles, las separaciones de antaño. En este nuevo contexto social, la mujer debe ser ante todo madre y es entonces cuando aparece por primera vez el mito del instinto maternal, "ese amor espontáneo de toda mujer hacia su hijo, como un valor natural y social, favorable a la especie y a la sociedad." Ya no era necesario formar súbditos dóciles sino producir seres humanos que fueran la riqueza del Estado. Para ello, no servía el valor de la autoridad paternal; había que convencer a las mujeres de que se consagraran al trabajo familiar y se ocuparan personalmente de sus hijos para que éstos tuvieran mayores posibilidades de supervivencia. Rousseau, con su obra *Emilio* (1762), fue el precursor de esta nueva familia moderna organizada en torno a la madre y a la idea de que sus cuidados y ternura eran factores insustituibles para la supervivencia y el bienestar de los hijos³. La mujer que se alejaba del instinto maternal, de ese instinto no

² Este es un fenómeno interesante al que la autora dedica una buena atención. Hasta finales del siglo XVI la costumbre de pagar a una nodriza es exclusiva de la aristocracia pero en el siglo XVII se difunde también entre la burguesía y ya en el siglo XVIII se extiende a todos los estratos de la sociedad urbana. Ahora bien, cuanto más modesto era el origen social del niño, más alejado estaba de sus padres.

³ Las mujeres francesas de la burguesía acomodada que no tenían, según Badinter, "ambiciones mundanas, ni pretensiones intelectuales, ni necesidad de trabajar al lado de sus maridos fueron las primeras en concebir al niño como un asunto personal, el ser a través del cual sus vidas de mujer cobraban sentido." Sin embargo, las mujeres de las clases dominantes que habían sido las primeras en separarse de sus hijos en el siglo XVII fueron las últimas en volver a ocuparse directamente de ellos. Ese mismo retraso lo encontramos, aunque por motivos bien distintos, entre las mujeres más desfavorecidas. La atención maternal era un lujo que las mujeres pobres de la época no podían permitirse. De hecho, la entrega de los niños de las ciudades a una nodriza sigue siendo una práctica muy difundida en el seno de las clases populares durante el siglo XIX.

desnaturalizado por el interés y la cultura, era una *mala madre*. La culpabilidad había llegado para quedarse.

La tercera parte del libro, *El amor por la fuerza*, vuelve a corroborar la hipótesis de Badinter de que la supuesta *naturaleza* instintiva del amor maternal y los cuidados no es tal sin el sólido respaldo de la moral. El detallado análisis del psicoanálisis que hace la autora nos ofrece otra pincelada de cómo la maternidad es una construcción histórica que responde también a las normas del siglo XX. En este período, la madre sigue siendo la gran responsable de la felicidad y el bienestar de los hijos. Freud, como había hecho Rousseau ciento cincuenta años atrás, volvió a definir a la mujer "normal" como aquella con un sentido profundo de abnegación y sacrificio. Sin embargo, Badinter cuestiona intensamente este retrato de la mujer dotada desde la cuna del instinto de la maternidad que provoca en la madre la dedicación, la paciencia y un amor sin límites. Cuando una mujer se mantiene apegada a sus funciones tradicionales es por falta de opciones, defiende la autora. El trabajo materno que moralistas y filántropos habían condenado siempre por poner en jaque las funciones naturales de la mujer provocando irremediablemente la disolución de la familia y el desorden social, es para Badinter la clave para abandonar la idea de la maternidad como definición esencial de la mujer y la entrega espontánea y natural de la madre al hijo: "Cuando una mujer tiene ambiciones y recursos para satisfacerlas, se ve infinitamente menos tentada que las demás a invertir su tiempo y su energía en la crianza de sus hijos."

Desde la década de los sesenta del siglo pasado, las mujeres francesas dejan –por primera vez *voluntariamente*– el hogar y los hijos para dedicarse al trabajo remunerado. Este hecho, según Badinter, corrobora que la abnegación no es algo que se adquiera siempre en una sociedad aunque ésta la considere un hecho natural. Por una parte, señala cómo en el siglo XIX la convivencia de la madre y el niño terminó siendo el criterio de distinción entre madres buenas y malas. En la actualidad, "lo que cuenta es el tiempo que pasan con ellos y, sobre todo, la calidad de sus relaciones mutuas, no sólo esa *vigilancia* de épocas pasadas." De hecho, cada vez son más las personas que en nuestros días aceptan que una madre que trabaja pueda tener con sus hijos una relación tan cálida y estable como una que no trabaja. Ahora bien, los hombres suelen manifestar una mayor aceptación a esta afirmación que las mujeres (Castro-Martín *et al.*, 2018), confirmando así los hallazgos de investigaciones recientes que muestran que algunas madres trabajadoras se sienten insatisfechas con ellas mismas (sentimientos de ausencia y culpabilidad) respecto a su (in)capacidad de cumplir con los estándares sociales de lo que consideran *una buena madre* (González *et al.*, 2015). Badinter lo adelantaba en su obra: el siglo XVIII lanzó la idea de la responsabilidad paterna y el siglo XIX la confirmó acentuando la de la madre. Pero no acabó todo ahí. El siglo XX transformaría el concepto de responsabilidad maternal en el de culpabilidad maternal. Esto tiene que ver, en gran medida, con que el pleno ejercicio de la maternidad sigue considerándose un *deber social*, mientras que el de la paternidad es más una *elección individual* (Miller, 2011).

El trabajo femenino, sobre todo el de la madre, plantea un segundo problema al que Badinter también dedica atención en el libro: el de la doble jornada de trabajo por la desigualdad de género en el ámbito familiar, especialmente en el tiempo de cuidado. La autora constata una mayor participación del hombre en las tareas domésticas cuando la mujer también trabaja pero esta participación, advierte, sigue siendo relativamente desigual. Esta sobrecarga o *doble turno* de las mujeres representa un obstáculo para desarrollar su actividad laboral en igualdad de condiciones con sus coetáneos varones (Hochschild y Machung 1989).

El libro recoge otras cuestiones cruciales. En primer lugar, se plantea si hay que considerar *anormales* a aquellas madres que ignoran el supuesto instinto maternal. "Las Preciosas parisinas de la Francia urbana del siglo XVIII, alejadas de la condición de la mujer esposa y madre, optaron por la cultura y el saber en una época de alto analfabetismo como único medio de emancipación" y son, para Badinter, el primer ejemplo que desmonta el mito del destino *natural* de la maternidad para las mujeres. Durante mucho tiempo la mujer no pudo sustraerse de su papel de madre sin sufrir una condena moral. Este hecho fue motivo de desprecio o compasión por las mujeres que no tenían hijos, y de vergüenza para aquéllas que no querían tenerlos. Actualmente, un número creciente de mujeres decide llevar a cabo un proyecto vital sin hijos de forma consciente, meditada y definitiva. Estas mujeres ya no circunscriben la femineidad a la maternidad, y creen que es perfectamente posible ser una mujer realizada sin tener hijos, algo absolutamente incompatible con la imagen tradicional de la mujer y con las premisas del psicoanálisis. El libro *No madres: mujeres sin hijos contra los tópicos* (2017) de Marta Fernández Miranda defiende la normalización de la no maternidad. Asimismo, la expansión educativa y el reciente *sorpasso* educativo de las mujeres es irreversible pero las más instruidas no son siempre las más *desnaturalizadas*, defiende con acierto Badinter. De hecho, estudios recientes muestran que el gradiente de educación en la fecundidad de las mujeres parece haberse invertido en las cohortes más jóvenes y es positivo en algunos países, precisamente aquellos en los que institucional y socialmente se facilita la conciliación (Wood *et al.*, 2014).

Por otra parte, asumir el instinto maternal sería afirmar que criar viene naturalmente del hecho de ser madre. Pero no todas las mujeres son espontáneamente maternales. Hay mujeres que tienen hijos y no saben o quieren criarlos. Al fin y al cabo, como defiende Badinter, el amor maternal "es sólo un sentimiento humano y como tal, es incierto, frágil e imperfecto." La abnegación y las pruebas de amor no pueden darse por descontado, nos dice la autora. Y, rápidamente, el lector piensa en *Apegos feroces* (1987), *Tú no eres como otras madres* (2016) o *No, mamá, no* (2017), tres historias fascinantes en las que literariamente se retrata de manera vital, humana y honesta la relación entre madres e hijos/as. Por otra parte, tampoco hay que asumir y exigir a la madre que encuentre siempre placer en la relación con la criatura. Badinter incluye en la parte final del libro testimonios verídicos que hablan del desencanto, el agotamiento y la renuncia

que para algunas mujeres significa la maternidad. Algunas de estas mujeres llegan a proclamar que “no se dejarían *atrapar* más, que su experiencia de madre malogró su vida de mujeres y que si lo hubieran sabido antes...” Con estos ejemplos que cuestionan la profetizada plenitud de la maternidad, una vez más Badinter pone con valentía sobre la mesa un tema del que apenas se habla y defiende que “las mujeres que se niegan a sacrificar ambiciones y deseos en pro del hijo son demasiado numerosas como para encasillarlas en las excepciones patológicas que confirmarían la regla de *lo natural*.” La socióloga israelí Orna Donath publicó en 2016 *Madres arrepentidas*, un libro en el que relata las experiencias de mujeres que aman a sus hijos pero creen que éstos son una carga que nunca debieron asumir. *Nadie me dijo, criar y crear* (2018), de Hollie McNish, ofrece unas memorias a modo de diario sobre la maternidad y la crianza en las que también conviven momentos de ternura, entendimiento y aprendizaje profundos junto a otros de cansancio, miedo y angustia extrema. Estos trabajos son solo dos ejemplos de continuidad de la obra de Badinter que desafían el discurso imperante de que la felicidad y realización de las mujeres sólo puede alcanzarse a través de la maternidad.

En la actualidad, no sólo las mujeres no quieren tener hijos exclusivamente para sentirse *realizadas* sino que para hacerlo, muchas de ellas exigen también la implicación de los hombres en las tareas de cuidado. Badinter habla ya en los años ochenta de la necesidad de una nueva *revolución familiar*, esa que, lamentablemente, sigue incompleta en nuestros días por la persistente desigualdad de género en el trabajo doméstico y de cuidado (Esping-Andersen, 2009). En un momento en el que existía una invisibilidad total de los hombres en la agenda de investigación sobre las relaciones intrafamiliares y el desempeño de la crianza, Badinter vuelve a sorprendernos planteándose cuál es la función del amor paternal en la crianza y educación de los hijos. Desde finales del siglo XVIII se había retraído la figura del padre. Se asumía que no había nada en la *naturaleza masculina* que lo predispusiera a establecer relaciones afectivas con el hijo y nunca se hablaba de *instinto* cuando se trataba de los hombres. A lo largo de la historia, nos recuerda Badinter, “no ha pesado sobre los hombres el mismo oprobio que ha pesado sobre las madres *malas*.” En el inconsciente colectivo sigue (aún) vigente la idea de que la crianza es ante todo un asunto de mujeres.

Sin embargo, Badinter defiende que el amor y el sacrificio por el hijo/a no son atributos que pertenezcan obligatoriamente al sexo femenino e insiste en la importancia del afecto y de los contactos del padre. Más allá del efecto positivo de una paternidad comprometida en la capacidad cognitiva y emocional por parte de los menores, para Badinter una mayor implicación de los hombres en las tareas domésticas y de cuidado nos acercaría a la igualdad de género y al ideal de conciliación corresponsable. No hay que olvidar el derecho de los niños y las niñas a disfrutar por igual del contacto y apego con sus dos progenitores. No hay que olvidarnos del bienestar de la infancia, sentencia Badinter. “[...] Después de siglos de autoridad y ausencia paternas, parecería que nace un nuevo concepto, el de *amor paternal*, que se asemeja al amor de la madre hasta el punto de

confundirse con él." La maternidad es un don y no un instinto, nos recuerda. Igual que la paternidad si a los hombres se les otorga el derecho a ser padres presentes, no solo proveedores económicos. Ni el amor de la madre ni el amor del padre es un amor natural. "No existe el amor, existen las pruebas de amor," dice Badinter citando al novelista y guionista de cine Roger Vailland. O lo que es lo mismo, el vínculo de apego con el bebé. Ambos progenitores están igualmente capacitados para criar. Basta disociar la procreación (femenina) de la responsabilidad de los hijos (femenina y masculina).

Y, como si de una premonición se tratara, la autora prevé que de ahora en adelante las mujeres "forzarán a los hombres a que sean buenos padres, a que compartan de manera ecuánime los placeres pero también las cargas, las angustias y el sacrificio de la maternidad" y que, en caso contrario, "la futura natalidad de los países desarrollados se verá todavía más disminuida." De hecho, una abundante literatura científica muestra que la (des)igualdad de género en el reparto del trabajo doméstico y de cuidado de hijos tiene una influencia importante en las decisiones reproductivas en nuestros días (Neyer *et al.*, 2013).

Veámos anteriormente cómo la mujer no encuentra en ella misma todas las respuestas a su nueva condición de madre por el mero hecho de parir. Como la procreación es natural, nos imaginamos que al fenómeno biológico y fisiológico del embarazo debe corresponder una actitud maternal determinada. Y no es así, nos recuerda Badinter. De la misma manera que no es necesario procrear para criar. La crianza de los hijos se define cada vez más como una *actividad* en lugar del *estado de ser padre* (Daly 2015). En *Ser madre, saberse madre, sentirse madre* (2011), se reflexiona sobre lo que significa ser madre adoptiva. En *Madre hay más que una* (2017), encontramos el relato en primera persona de lo que significa para una mujer ser madre gracias a una donación de óvulos. Para Badinter, cuando se aborda el tema de la maternidad deberíamos considerar la función biológica de la procreación, pero también la función biológica de la crianza y de la educación. En este sentido, desde la pediatría se ha defendido recientemente que la función cerebral para criar se activa independientemente de haber concebido o engendrado (Díaz-Rossello 2019). El retraso actual de la maternidad y la paternidad en las sociedades desarrolladas se asocia con una mayor probabilidad de infecundidad involuntaria. Pero muchas de esas mujeres que finalizan su etapa reproductiva sin descendencia pueden verse igualmente involucradas en procesos de crianza. Carolina del Olmo en su libro *¿Dónde está mi tribu?* (2013) da un paso más y se plantea la necesidad de socializar la crianza como algo colectivo.

En resumen, la obra *¿Existe el amor maternal?* resulta decisiva para desmontar el papel idealizado de la buena madre y entender los múltiples significados, interpretaciones y experiencias de la maternidad actual. Esther Vivas, en un reciente libro titulado *Mamá desobediente: una mirada feminista a la maternidad* (2019), sigue defendiendo que la maternidad no es un mandato biológico o un destino natural para las mujeres, sino una

decisión libre y personal. La obra de Badinter resulta igualmente importante para evidenciar que no existe un comportamiento maternal suficientemente unificado como para hablar de un instinto o amor maternal. Así pues, tomemos nota: seguir hablando del amor maternal es seguir ejerciendo una presión social extraordinaria sobre las mujeres para que se realicen sólo a través de la maternidad. No existe el amor maternal. Existe el amor. Sin adjetivos. Y amar es cuidar. Para todos por igual. Así de simple, así de complejo.

Teresa MARTÍN-GARCÍA

CSIC – Centro de Ciencias Humanas y Sociales

teresa.martin@cchs.csic.es

Bibliografía

Bargate, V. [1978] 2017. *No, mamá, no*. Barcelona: Alba Editorial.

Castro Martín, T., T. Martín García, J. Cordero y M. Seiz. 2018. "El desafío de la baja fecundidad en España", pp. 165-228 en *INFORME España 2018 / Cátedra José María Martín Patiño de la Cultura del Encuentro*, coordinado y editado por A. Blanco, A. Chueca, J.A. López-Ruiz y S. Mora. Madrid: Universidad Pontificio Comillas.

De Beauvoir, S. [1949] 1998. *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.

Del Olmo, C. 2013. *Maternidad y crianza en una sociedad individualista*. Madrid: Clave Intelectual.

Díaz-Rossello, J. 2019. "La nuliparidad no excluye el éxito reproductivo", Seminario Internacional Nueva evidencia sobre la baja fecundidad. Decisiones reproductivas, determinantes y consecuencias, 21-22 marzo, Montevideo, Uruguay.

Donath, O. 2016. *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Barcelona: Penguin Random House.

Esping-Andersen, G. 2009. *The incomplete revolution. Adapting to women's new roles*. Cambridge: Polity Press.

Fernández-Miranda, M. 2017. *No madres. Mujeres sin hijos contra los tópicos*. Barcelona: Penguin Random House.

González, M.J., I. Lapuerta, T. Martín-García y M. Seiz. 2015. "Satisfacción con la conciliación", pp. 144-180 en *Padres y madres corresponsables. Una utopía real*, editado por M. J. González y T. Jurado-Guerrero. Madrid: La Catarata.

Gornick, V. 2017. *Apegos feroces*. Madrid: Sexto Piso.

Hochschild, A. y A. Machung. 1989. *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home*. Nueva York: Penguin.

Horno, P. 2011. *Ser madre, saberse madre, sentirse madre*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

McNish, H. 2019. *Nadie me dijo, criar y crear*. España: Editorial La señora Dolloway.

Miller, T. 2011. "Falling back into gender? Men's narratives and practices around first-time fatherhood", *Sociology*, 45(6): 1094-1109.

Neyer, G., Lappegård, T. y D. Vignoli. 2013. "Gender equality and fertility: Which equality matters?", *European Journal of Population*, 29(3): 245-272.

Schrobsdorff, A. 2016. *Tú no eres como otras madres. Historia de una mujer apasionada*. Madrid: Periférica y Erratanaturae.

Villar, S. 2017. *Madre hay más que una. Un relato en primera persona sobre la aventura de la maternidad*. Barcelona: Planeta.

Vivas, E. 2019. *Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad*. Madrid: Capital Swing.

Wood, J., K. Neels y T. Kil. 2014. "The educational gradient of childlessness and cohort parity progression in 14 low fertility countries", *Demographic Research*, 31: 1365-1416.